

LA INTERPRETACIÓN DE LA(S) CULTURA(S) DESPUÉS DE LA TELEVISIÓN₁

*Lila Abu-Lughod**

Si, como hizo Clifford Geertz en uno de sus más reconocidos (por no decir polémicos) ensayos, tuviera que comenzar con un relato acerca de cómo inicié mi reciente trabajo de campo en una aldea, se trataría de una historia de diferencias (Geertz, 1973). Confesaría que, en lugar de marchar de manera anónima por una aldea del Alto Egipto con la sensación de que la gente miraba a través de nosotros como si fuéramos *ráfagas de viento*, mi esposo y yo fuimos inmediatamente reconocidos e identificados con una red social de estudiosos, periodistas y arqueólogos canadienses, estadounidenses y franceses con los que habían tratado los aldeanos. Ubicado en el banco occidental del Nilo y a una distancia de un viaje en ferry desde Luxor, el poblado se hallaba en y entre los templos faraónicos que, por más de un siglo, desenterraron los arqueólogos y admiran los turistas, ahora en buses con aire acondicionado, antes en burros o en bicicletas.

Cuando llegué, en la primavera de 1990, la amistosa bienvenida que recibí se debió también a una intensa curiosidad. Aquí estaba finalmente la esposa. Mi marido había llegado antes que yo, siguiendo los rastros del escritor norteamericano que en 1978 había publicado una popular historia de vida sobre los jóvenes de la aldea. Se trataba de una historia que repetía (demasiado) fielmente relatos anteriores de jesuitas y orientalistas acerca del *campesino egipcio*; una criatura sin tiempo de sus hábitos y su violencia (Mitchell, 1990). Mi esposo había ubicado a unas pocas personas a través de una amiga nuestra de El Cairo, una folclorista que escribía una disertación acerca de los lamentos fúnebres del alto Egipto:

** Lila Abu-Lughod es profesora de Columbia University. Entre sus principales publicaciones se encuentran: Veiled Sentiments: Honor and Poetry in a Bedouin Society, Remaking Women: Feminism and Modernity in the Middle East y Dramas of Nationhood: The Politics of Television in Egypty*

ella les había hablado de mi esposo y había enviado saludos a través suyo. Él estaba particularmente interesado en encontrarse con Zaynab, que había alojado en su hogar a nuestra amiga. Por mi parte, Zaynab me pareció seria y agraciada. Su rostro bronceado y su pelo suelto, que colgaba del tradicional chal negro que usaba en la cabeza, delataban la exposición al sol y los problemas de ser madre de seis niños (en ese momento) cuyo esposo había emigrado a la ciudad. Me preguntó por la folclorista “Leez”, como lo repetiría cada vez que me presenté en la aldea durante los siguientes cinco años, ya fuera llegando desde El Cairo o desde los Estados Unidos. Me sentí obligada a exagerar mi conocimiento de Liz, aun cuando trataba de diferenciarme de los otros extranjeros a los que no conocía y cuya moral y conducta en la aldea no podían ser garantizadas. Me basé en mi identidad semi-palestina para que se notara la diferencia. Pero al final, Zaynab se enteró de que yo provenía del mundo de los extranjeros con quienes había tratado, y aprovechó nuestro tiempo juntas para aprender más acerca de estudios, disertaciones, el costo de la vida en los Estados Unidos, investigaciones y libros entre otros aspectos más problemáticos de la vida euro-norteamericana. Resulté una depositaria de mensajes tanto como una informante y una investigadora. Más aún: en la historia de la relación, en ocasión de una dramática redada policial en una riña de gallos ilegal que el público seguía apasionadamente, tuve que aceptar con bastante placer el reconocimiento que evidenciaron Zaynab y sus hijos, al igual que la mayoría de las familias, cuando demostré mi interés por la televisión. ¿Qué me gustaría ver? Trajeron su pequeño televisor. Se disculparon, mientras lo conectaban a una antena casera, porque el aparato era en blanco y negro. Y me invitaron a ver la telenovela cualquier tarde, compadeciéndome por no tener acceso a un televisor propio. Fue la televisión, y no el temor espontáneo y común a la policía, lo que nos unió. Este vínculo comenzó a separarme de los demás extranjeros, personas que generalmente, como sabían los aldeanos, no seguían los melodramas egipcios que a ellos los apasionaban.

Todavía una descripción general

A pesar de las diferencias que sugiere mi historia entre las clases de mundos más interconectados que habitan hoy las personas y, lo que no carece de vínculos con ellas, del tipo de temas que los antropólogos encuentran dignos de estudio (los medios masivos), quiero plantear que el énfasis de Geertz (1973: 3-30) en las descripciones generales en antropología sigue vigente. Pero requiere de una reducción creativa para adecuarse a las vidas afectadas por los medios masivos.

Muchos de los estudios sobre cultura popular, y especialmente sobre la televisión, resultan decepcionantes. No parecen preocupados por ofrecer perspectivas profundas sobre la condición humana, ni siquiera sobre la dinámica social, cultural y política de comunidades particulares —objetivos que la antropología, tal vez con *hybris*, siempre se ha propuesto. ¿Es el objeto, la televisión, un obstáculo? No es-

tamos en presencia de intrincados rituales o complejos sistemas de parentesco, ni siquiera ante historias y estructuras coyunturales en épocas coloniales, todo lo cual tiene profundas tradiciones en nuestra disciplina. La televisión comparte lo efímero de lo posmoderno y está asociada, aquí o allá, como lo expresa Geertz (1988), con el tipo de gente común a la que algunos llaman masas. También se la asocia, siempre bajo sospecha, tanto con el entretenimiento comercial como con la propaganda estatal. ¿Acaso el status degradado y la aparente banalidad de la televisión afecta a aquellos que la estudian? ¿O se trata de que, como lo pensaría Jean Baudrillard (1988), en un mundo de simulaciones y simulacros en el que la televisión ocupa una parte tan evidente, nociones tales como *condición humana* se han vuelto irremediablemente obsoletas?

Aquí quisiera plantear algo diferente: sólo estamos comenzando a encontrar el lugar correcto de entrada para un trabajo etnográfico –en el campo y en nuestros estudios– que pueda rescatar la importancia de la existencia de la televisión como una ubicua presencia en las vidas e imaginarios de las personas del mundo contemporáneo. En una reciente reseña de algunos estudios sobre la *resistencia*, Sherry Ortner diagnosticó que su debilidad se debía a su *rechazo a la etnografía* (1995: 173-93). Esto me sorprendió porque podría aplicarse también a los estudios sobre medios masivos. Si hay un tema que ha dominado estos estudios, especialmente los dedicados a la televisión, en las últimas dos décadas, es su resistencia. Y si hay algo que puede decirse acerca de estos estudios es que, a pesar de su considerable sofisticación teórica, son etnográficamente pobres³.

Irónicamente, en la última década, los estudios culturales han sido insistentes en las apelaciones a la etnografía como su solución. El estudio de Janice Radway (1984) sobre los lectores de novelas es celebrado como un clásico que prueba el valor de la etnografía para analizar la cultura popular. Sin embargo, los investigadores parecen reticentes a la hora de unirse a esta convocatoria. Libros con títulos prometedores como *Television and Everyday Life* critican con inteligencia los ejemplos más sutiles de lo que se conoce en el negocio como estudios de recepción y audiencia, y plantean que se necesitan más casos de estudios (etnográficos) psicoanalíticos. En particular, el autor de este libro sostiene que “una encuesta entre la audiencia debe ser un estudio hecho no a partir de un grupo de individuos predeterminados o grupos sociales claramente definidos, sino a partir de un conjunto de prácticas cotidianas y discursos dentro de los cuales el complejo acto de mirar televisión se coloque junto a otros por los cuales resulta constituido este acto complejo” (Silverstone, 1994: 133).

Pero tampoco el autor realiza algo semejante. Apelando a las excusas de rigor, difiere el compromiso práctico que se requeriría para lograr alguna teoría general (vinculada con la cultura) sobre los suburbios, la modernidad y la vida doméstica. Cuando los investigadores apelan a la etnografía, como lo admite uno de los más

convincentes y sutiles defensores del *giro etnográfico*, se basan en una idea de la etnografía que poco se acerca al ideal antropológico (Ang, 1996: 182).

¿Qué es lo que pueden ofrecer los antropólogos al empezar a tomarse en serio la televisión? En su recorrido por el campo emergente de la antropología de los medios, Debra Spitulnik plantea que los antropólogos

“ya han pasado de algún modo por mucho de los debates de los estudios sobre medios porque implícitamente teorizan los procesos, productos y usos de los medios como partes complejas de la realidad social, y apuntan a ubicar el poder y valor de los medios en un sentido más difuso que directo” (1993: 307).

En su (*tibia*) *polémica* sobre el mismo tema, Faye Ginsburg considera que los antropólogos se diferencian por su posición menos etnocéntrica, su atención a los contextos de los textos mediáticos y por el hecho de que reconocen “los modos complejos en los que las personas se implican en los procesos de producción e interpretación de las obras mediáticas en relación con sus circunstancias culturales, sociales e históricas” (1994:13).

Resultan promisorios los argumentos teóricos a favor de una etnografía cuidadosa –una etnografía que esclarezca lo que Brian Larkin llama el *espacio social* de la televisión.⁴ En un notable análisis de la política y las interpretaciones de una telenovela que atrapó a China en 1991, Lisa Rofel sostiene que la etnografía –definida como la “atención al modo contingente en que surgen todas las categorías sociales, se naturalizan, y se intersectan con la concepción de la gente sobre sí misma y sobre el mundo y, más aún, por el modo en que esas categorías se producen a través de la práctica cotidiana” (1994: 703)- es necesaria para el estudio de los encuentros con los medios, pues “los momentos de inmersión en un artefacto cultural particular están necesariamente entremezclados con otros campos sociales de significación y poder”.

Refiriéndonos más directamente a los estudios culturales, el trabajo de Purnima Mankekar (1995: 533) acerca de las televidentes de Nueva Delhi, India, muestra de qué manera “sus interpretaciones están profundamente influidas por los discursos sociales más amplios (principalmente por aquellos que tratan del género y el nacionalismo) dentro de los cuales son interpeladas; están definidas por acontecimientos en la vida de las espectadoras y por las relaciones dentro de las cuales esas espectadoras se definen a sí mismas”⁵.

¿Pero cómo hacer para indagar este entrecruzamiento de la televisión con otros campos sociales? La clave, diría yo, es tratar de colocar a la televisión más libremente dentro del rico contexto social y cultural que el sostenido trabajo de cam-

po antropológico - nuestro ideal desde Bronislaw Malinowski- es el único capaz de brindar. El desafío especial al que nos enfrentamos es que las formas culturales transmitidas por la televisión no tienen una comunidad tan obvia y simple, y que siempre son sólo una parte —a veces más amplia, otras más pequeña- de las vidas complejas de las personas. Más aún, son producidas deliberadamente para la gente, bajo condiciones que varían política e históricamente.

Probablemente, los antropólogos están mejor preparados para analizar lo que en los estudios sobre medios se llama estrechamente *recepción*. Pero ¿cómo acceder a algo más que a un sentido fragmentario de las vidas cotidianas, conexiones sociales y preocupaciones de las personas encuestadas, o a la diversidad de las comunidades de espectadores? Frecuentemente contamos sólo con la anécdota o la cita fragmentaria de un espectador televisivo descontextualizado. ¿Cómo podemos obtener más que un sentido parcial de las vidas cotidianas, los contextos sociales y las complejidades de las personas consideradas, para no mencionar el grupo mucho más amplio que consume las formas culturales y comparte el país o la comunidad?⁶.

Como he señalado en otra parte, los mensajes televisivos quedan sesgados por el modo en que la gente enmarca sus experiencias con la televisión y por la manera en que las realidades cotidianas afectan y reproducen esos mensajes (Abu-Lughod, 1995).⁷ La imagen de la audiencia televisiva que da Roger Silverstone como posicionada en múltiples espacios y tiempos sugiere cuán intimidante es la tarea de contextualizar la televisión. Silverstone señala que la gente “vive en tiempos y espacios superpuestos, pero no siempre sobredeterminados; tiempos biográficos, tiempos cotidianos; tiempos predeterminados, espontáneos, pero también socio-geológicos” (1994: 132). Esto significa que de alguna manera debemos tratar de incluir esos variados espacios y tiempos en nuestras descripciones amplias de la gente que mira televisión⁸. Sin embargo, esto no es suficiente. Los antropólogos no pueden dejar de lado el análisis *textual*, el equivalente de los análisis simbólicos de rituales y mitos que ha permitido esclarecer tantas cuestiones. Incluso, es más importante que se hagan etnografías de la producción. Los programas de televisión no son producidos por especialistas de un estatus social diferente del de los espectadores (como los sacerdotes o los bardos), sino por profesionales de una clase diferente —a menudo más urbana que rural, con identidades y vínculos sociales nacionales y a veces transnacionales- que trabajan dentro de estructuras de poder y organizaciones vinculadas entre sí y dan forma concreta a intereses nacionales o comerciales. Para una verdadera descripción densa, necesitamos encontrar el modo de interrelacionar estos diferentes nódulos de la “vida social de la televisión”⁹.

Cuando afirmo que parte de la solución a la debilidad de los estudios sobre cultura popular reside en retornar la perspectiva de la “descripción densa” de Geertz, no quiero decir que nuestro objetivo sea el mismo -desarrollar una teoría inter-

pretativa de la cultura o traducir culturas-, aun cuando comparto la confianza de Geertz en que un buen análisis demuestra “el poder de imaginación científica para ponernos en contacto con la vida de los que nos son extraños”. En realidad, pienso que necesitamos recordar que, cuando Geertz (1973: 16) convoca a una descripción etnográfica microscópica, justifica estas *dilatadas descripciones* de acontecimientos distantes como –para usar una frase de alguien a quien él consideraba irremediablemente equivocado– algo útil a la hora de pensar. Las descripciones amplias de los discursos sociales en lugares particulares tienen una relevancia general, sostiene, “pues presentan a la mente un material concreto de qué alimentarse”. Con sus conocimientos particulares, los antropólogos pueden pensar inteligente e imaginativamente sobre y con los megaconceptos de la ciencia social. O de las humanidades, se podría agregar. Dentro de la misma línea, Geertz advierte que si bien los antropólogos estudian a menudo en aldeas, no estudian aldeas (1973: 21). Se enfrentan a las mismas inmensas realidades y grandes palabras que los demás científicos sociales pero en locaciones y formas hogareñas.

Ampliando estas ideas, quisiera sugerir que podemos seguir obteniendo beneficios al utilizar una cuidadosa contextualización de pequeños hechos y acontecimientos –en este caso del consumo televisivo en lugares particulares, incluyendo aldeas del Alto Egipto– para poder ayudarnos a reflexionar en términos de *grandes palabras*. Si la televisión parece banal, entonces deberíamos inspirarnos en una de las frases más memorables de Michel Foucault: “lo que debemos hacer con los hechos banales es descubrir –o tratar de descubrir– qué problema específico o tal vez original se conecta con ellos” (Dreyfus, H., Rabinow, P., 1983: 210).

En lo que sigue trato de mostrar que entre los problemas de los que hablan las historias sobre las mujeres y la televisión en una aldea del Alto Egipto (o que están para hacernos hablar sobre ellos, como nos recuerda Geertz), están los que se relacionan con la naturaleza de la *cultura* y las *culturas* bajo las condiciones de lo que podríamos llamar la posmodernidad poscolonial (1973: 23). En esta búsqueda, exploro un método, una especie de tecnología adecuada para los estudios sobre medios. En la conclusión sugiero que el estudio de la televisión enriquece a una antropología comprometida no sólo con la academia y sus *grandes palabras*, sino también con otros campos sociales del mundo en que trabajamos.

Textos culturales y etnografía *multisitio*

En enero de 1996, cuando regresé para una corta visita a la aldea del Alto Egipto en la que había estado trabajando intermitentemente desde 1990 vi, junto a unos amigos, algunos episodios de la serie televisiva *Mothers in the House of Love*. Ambientado en un hogar de mujeres, el drama central del programa consistía en el intento del inescrupuloso cuñado de la viuda que dirigía el lugar de cumplir con su sueño de construir un hotel lujoso. A partir del descubrimiento de este pro-